

Introducción

Asia Central: de pivote a encrucijada

Rafael Bueno Martínez

Asia Central: de pivote a encrucijada. El contexto de Asia Central

Mucho se habla de Asia Central y desgraciadamente poco se conoce y valora su trascendencia estratégica. Cuando los medios hablan de esta vasta zona es, en muchos casos, para referirse a las connotaciones históricas de la Ruta de la Seda o básicamente al papel que jugaron en su día los Estados Unidos y la Unión Soviética, dejando a las ex repúblicas soviéticas fuera del mapa.

Sin embargo, la región del Asia Central se configura como una de las más importantes a nivel global, independientemente del orden mundial que rija en cada momento histórico. El mero hecho de su situación, en el corazón geográfico de la gran masa de las tierras emergidas del gran continente euroasiático, nos da una idea de la trascendencia de esta vasta área.

Es difícil establecer los límites exactos del Asia Central, pues muchos autores tienen visiones más o menos restringidas o ampliadas de los territorios que engloban la región. No obstante, todos ellos coinciden en que al menos las cinco repúblicas

exsoviéticas de Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán son parte de este concepto.

Una zona de transición con estos países lo constituye el territorio de Afganistán y aunque opiniones, como la de Robert Kaplan, la consideran más unido al subcontinente indio, hay que tener en cuenta que constituye una auténtica ruta de paso que une ambas áreas geográficas. Igualmente hay que tener en cuenta la presencia a ambas orillas del antiguo río Oxus, hoy día Amu Darya, de importantes poblaciones de tayikos, uzbekos y turkmenos étnicos. Otros territorios pueden, al menos en parte, considerarse parte de Asia Central. Para Zbigniew Brzezinski el Estado caucásico de Azerbaiyán podría ser el tapón de una *gran botella* de recursos energéticos que desde el mar Caspio pueden fluir en dirección este-oeste.

Todas estas opiniones se han considerado respetables y por ello, a lo largo del contenido de esta publicación, se utiliza una conceptualización geográfica lo suficientemente amplia para poder incluir determinados aspectos que se consideran de gran interés.

En todo caso, la región se aglutina en torno a determinados accidentes geográficos que la configuran como un todo. El eje central lo constituye el valle de Ferganá, zona especialmente próspera a lo largo de los tiempos y que, debido a la herencia soviética, su acceso y demarcación se hallan divididos entre tres de los Estados centroasiáticos, constituyendo una fuente heredada de conflictos.

Igualmente, el mar de Aral ha sido una región de importancia trascendental. Calificado en muchas ocasiones como la tragedia medioambiental más significativa de la historia, esta gran masa de aguas regada por los ríos Amu Darya y Sir Darya se ha visto constreñida en extensión, al tiempo que en la región se fomentaba el monocultivo del algodón.

El oeste del área baña las costas del mar Caspio, constituyendo un auténtico espacio de relación entre sus Estados ribereños constituidos por Irán, Rusia, Azerbaiyán, Kazajistán, y Turkmenistán. El acuerdo de sus límites, la extracción de sus riquezas y las comunicaciones entre los pueblos costeros siempre han sido y serán trascendentales.

En el sur de nuestra zona de estudio se encuentran las montañas del Hindu-Kush. Estas elevaciones constituyen las estribaciones del Himalaya, donde los territorios afganos se erigen en un posi-

ble espacio de comunicación tanto hacia los puertos paquistaníes como iraníes, donde se puede encontrar salida hacia las aguas libres del Índico.

En dirección este se hallan diversos pasos y cadenas montañosas, denominadas como la cuna del mundo. Las afamadas alturas de Pamir, Tien Shan y Altai limitan las posibilidades de comunicación con el territorio de China, por lo que Mongolia se hace necesaria para buscar alternativas a las dificultosas rutas que conectan ambas zonas.

Al norte, entre Kazajistán y Rusia, en la que la estepa une a ambos países, se abre la mayor frontera continua del mundo. En esta zona de transición se concentra una importante masa poblacional de origen ruso, quienes suelen cruzar a menudo los pasos fronterizos. No es de extrañar que, hasta ahora, las relaciones de Rusia con Asia Central hayan aprovechado la posición kazaja.

Además, la excepcional situación y riquezas del Asia Central son de importancia capital para el resto del mundo. Nos encontramos ante una de las principales cuencas gasíferas y petrolíferas de todo el planeta, aunque estos recursos energéticos se hayan desigualmente repartidos. A grandes rasgos, el petróleo y el carbón se concentran en el norte y el gas en el sur de la región. Otra relevante fuente de energía está constituida por los enormes yacimientos de uranio de Kazajistán y en menor grado de Uzbekistán. Igualmente, los recursos hídricos e hidroeléctricos se concentran en los importantes saltos de agua de los ríos tayikos y kirguisos. Este irregular panorama de distribución de recursos nos lleva a pensar que lo que le sobra a uno de los actores les falta a los otros, por lo que la unión entre estos podría tender a compensaciones mutuas. Por el contrario, la disparidad de objetivos podría llevar a satisfacer las ansias extractivas de los grandes actores de zona, constituidos por Rusia y China.

Sin embargo, mucho más allá de los accidentes meramente geográficos o las riquezas naturales de la región, la dimensión humana de esta es especialmente importante. Como bien dice Ahmed Rashid, la tradición de los pueblos del Asia Central ha estado trazada por la existencia de importantes kanatos entre los que destacaron los de Jiva, Joland o Bujará. En el ideario permanecen ciudades de nombres tan evocadores como las de Samarkanda o Balkh, por las cuales discurriera un día la ancestral Ruta de la Seda y donde actualmente se erige en un hecho palpable una renovada vía de comunicación.

El legado histórico

Durante un periodo de aproximadamente 500 años, desde el 750 d. C. hasta el 1250 d. C., Asia Central fue la cuna de algunas de las civilizaciones más importantes a nivel global. Desde sus ciudades se potenció la cultura y la civilización, produciendo varias de las generaciones de intelectuales y científicos más brillantes del mundo que destacaron en la física, la astronomía, la química o las matemáticas. Igualmente, sus artesanos produjeron en sus talleres los productos más exquisitos y refinados, que fueron reconocidos y comercializados en toda Europa y Asia. Durante todo ese tiempo Asia Central se benefició enormemente de estar en el paso de la Ruta de la Seda, proporcionando la conexión del este de Asia con el Medio Oriente y Europa.

No podía ser menos que el espíritu expedicionario español, que se podría considerar como precursor del concepto de conectividad centroasiático, llevase a nuestros compatriotas hasta la corte del gran Tamerlán en la ciudad de Samarcanda. Hasta tan remoto lugar para aquellos tiempos llegaría el embajador Ruiz González de Clavijo en el año 1403, enviado por el rey Enrique III de Castilla. Nuestro embajador se granjeó la amistad del emperador hasta el punto de fundar una población en las afueras de la corte que llevó por nombre Madrid y que hoy es un barrio de Samarcanda. Lamentablemente, en esta expedición fallecería el guardia real Gómez de Salazar, considerado como nuestro primer caído en acto de servicio en el Asia Central, quien gravemente enfermo decidió continuar con su misión hasta donde le llevaron sus últimas fuerzas.

La caída de Constantinopla en 1543 y la extensión del imperio otomano fue un auténtico obstáculo para las relaciones entre el Este y Oeste del gran continente euroasiático. Sin embargo, los europeos ya poseían uno de los inventos chinos que facilitaría su expansión por el mundo y que nada menos que estaba constituido por la brújula magnética. Pronto comenzarían a fomentarse las expediciones marítimas que llevarían a los españoles y portugueses a la búsqueda de nuevas rutas, y que seguirían el resto de los países europeos.

En el s. XVIII el comercio por mar se hallaba en total apogeo, estableciéndose las comunicaciones con el lejano Oriente gracias al pleno conocimiento de las rutas marítimas, las bases militares y comerciales a lo largo de ellas y las flotas mercantes y

de guerra que se encargaban del transporte de las mercancías y su seguridad. Para entonces, la importancia del Asia Central había languidecido hasta el punto de quedar relegada del comercio mundial.

Por aquel entonces la presión de los colonos rusos hacia las estepas kazajas ya se hacía notar, por lo que la expansión llevó al zar Pedro I a intentar incursiones hacia los kanatos, aunque fracasó en su intento. Mientras estos estuviesen separados por las estepas en cientos de kilómetros, la presencia rusa no podría ser viable.

Después de la derrota rusa de Crimea (1853-56), los rusos vieron la posibilidad de restaurar su prestigio y extender su influencia contra los británicos si podían controlar la región centroasiática. Para ello disponían de una nueva posibilidad, gracias al invento del ferrocarril. A partir de la extensión de las vías ferroviarias los rusos pudieron transportar ingentes cantidades de tropas y materiales por la región, a la par que extendían su influencia económica y cultural. Muchos de los territorios centroasiáticos quedaron bajo control militar ruso, aunque los kanatos de Bujará y Jiva mantuvieron un estatus especial.

Pronto chocarían en su expansión el imperio terrestre ruso y el imperio marítimo inglés, comenzando un *Gran Juego* que llevaría a ambos a encontrarse en el valle del río Amu Darya. Con el límite territorial de las montañas afganas, unos y otros decidieron acordar una *zona colchón* en la frontera norte de Afganistán, que amortiguase las tensiones entre ambos e impidiese la confrontación.

Hablar del Gran Juego es hablar de Asia Central, pero es importante saber que su historia va más allá de esa competencia de poder entre los imperios que una vez se vieron frente a frente en este escenario. Desde tiempos ancestrales el subcontinente indio aparecía en el horizonte como un verdadero objetivo, pero como siempre, Asia Central era la puerta de entrada a Afganistán y este lo era a su vez hacia el valle del río Indo a través del paso del Khyber.

El comienzo del s. XX ocasionó en el Asia Central la detención del Gran Juego entre las principales potencias. Acontecimientos tan relevantes como fue la guerra ruso-japonesa (1904-05) hizo que la derrota de Rusia la llevase a perder gran parte de su prestigio internacional. Igualmente, el comienzo de la Primera Guerra Mundial atrajo a los principales actores al tablero europeo,

cambiando el rol antagónico de rusos y británicos al de aliados contra el nuevo enemigo alemán. La revolución de 1917 y la posterior revolución soviética llevaron al pueblo ruso a abandonar la conflagración mundial, empeñándose en una lucha fratricida que dejaría relegada a la región centroasiática. El vacío de poder llevó a la proclamación de movimientos independentistas en el llamado Turquestán Oriental, que llevaría a una situación de relativa autonomía hasta que en 1924 los bolcheviques manipulasen la región utilizando a figuras locales bajo la promesa de reorganizar toda la región para su modernización. Por primera vez el Asia Central quedaría dividida en estructuras étnicas, introduciendo el concepto europeo de nacionalidad.

La preocupación soviética en las décadas de 1920 y 1930 era que pudiera haber un movimiento unificado (panislámicos o pan-turcos) que pudieran organizarse para crear una oposición real al gobierno de Moscú. Los planificadores se enfrentaban con el problema de tener que controlar una región demasiado vasta y que podría levantarse contra el poder central por su falta de afinidad con él. La solución del concepto de nacionalidad originó en cada unidad administrativa una etnia mayoritaria, pero dentro de esta unidad también quedaban otras grandes minorías. Este tipo de estructura, en cada una de las grandes repúblicas que se diseñaron, tendía a que el grupo étnico dominante no tuviese una gran capacidad para rebelarse contra el poder soviético al tiempo que las minorías también servirían como contrapeso de la etnia mayoritaria.

La división territorial y étnica también podría contribuir al cambio cultural al que aspiraban los soviéticos. A pesar de ello no lo consiguieron porque, bajo la estructura formal de la Unión Soviética, quedaría remanente la realidad cultural que durante siglos había sido el Asia Central.

Las nacionalidades artificiosas diseñadas derivaron en cinco repúblicas soviéticas socialistas autónomas, constituidas por Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán, a las que se añadió Karakalpak asignándola a la república uzbeka. No obstante, en cada una de ellas quedarían masas de población no integradas, que sufrirían las consecuencias de las diferencias que alentaron los diseñadores soviéticos.

Según se consolidaba el poder soviético cambiaba la configuración de la zona. Sin embargo, la imposición de su modelo causó en numerosas ocasiones reacciones, que durante los años 30 se

manifestaron en forma de movimientos musulmanes, panturcos y jadid. Estos últimos, fueron intentos de sintetizar el islam con el socialismo para crear un partido comunista de tipo nacional en estas regiones.

Al igual que otras potencias coloniales, o antes la Rusia imperial, lo que realmente hicieron los soviéticos fue conquistar Asia Central y convertirla en un lugar para la extracción de materias primas, como algodón en Uzbekistán, petróleo en Azerbaiyán y minería en el norte de Kazajistán. El monocultivo del algodón uzbeko produjo graves consecuencias medioambientales, como la disminución de la línea costera del mar de Aral, que derivó en la salinización de los terrenos adyacentes y su esterilidad. Además, otros efectos nocivos derivados del empleo de los pesticidas contribuyeron a una alarmante tasa de cáncer en la región. En el norte de Kazajistán se diseñó el polígono de Semipalatinsk para las pruebas nucleares del arsenal soviético. La falta de control sobre esta zona de pruebas también contribuiría al incremento de cánceres y enfermedades hereditarias que arrastraron varias generaciones de kazajos.

Una vez consolidado el poder soviético, una serie de élites afines al partido se constituyeron para gobernar en cada república, siguiendo las directrices de Moscú, aunque con poco conocimiento sobre relaciones internacionales o de las propias repúblicas centroasiáticas entre sí. El colapso de la Unión Soviética sorprendió en 1991 a los gobernantes de las nuevas naciones, que de un día para otro se despertaron huérfanas y con problemas tan graves como las diferencias étnicas, la falta de dirección y planificación económica, la carencia de fuerzas armadas o un arsenal nuclear estratégico no controlado desplegado en Kazajistán.

Mientras que en las otras repúblicas europeas existieron ansias de cambio y luchas por el poder, que llevaron al intento de golpe de Estado de 1991, los líderes centroasiáticos tenían que hacer algo para comenzar a dar sus primeros pasos sin tener una mano que les sujetase. Por ello acordaron en Ashgabat apoyarse mutuamente, aunque pronto esta promesa se desmoronó al tiempo que se enfrentaban con las realidades de la falta de ingresos, necesidades alimenticias y carencias energéticas. Pronto llegaría la competencia entre los nuevos Estados para atraer la inversión extranjera, al tiempo que se cerraban las fronteras y se producían enfrentamientos, destacando la cruenta guerra civil de Tayikistán.

Asia Central y el nuevo orden global

La sensación de *Gran Juego* al que se presta este vasto territorio y los diferentes pueblos que lo conforman, sigue perdurando. Por los caminos donde antaño discurrieran las espadas persas o las falanges griegas, el devenir de la historia ha visto pasar a los regimientos ingleses, las divisiones soviéticas y más recientemente a las brigadas norteamericanas. En esta descripción de presente y pasado tendríamos que aventurarnos a explorar el futuro y reflexionar si el *sueño chino* no hará que los próximos años vean a las unidades del Ejército Popular desplegadas en esta región, asegurando sus intereses geopolíticos.

La colonización rusa y la anexión soviética produjeron sobre los pueblos de la zona, de tradiciones que se remontan a tiempos pretéritos, una distorsión que tras la desintegración de la URSS produjo una vuelta a sus raíces con las profundas cicatrices del pasado soviético. El resultado ha sido una mezcla artificial de diferentes pueblos divididos por fronteras trazadas con tiralíneas en un entorno degradado económica, social y medioambientalmente. Por desgracia las consecuencias fueron una sucesión de conflictos, que en muchas ocasiones llevaron a las poblaciones de la región a padecer sufrimientos en los que se desarrolló una crueldad inusitada.

Un aspecto de importancia que ha heredado esta región es el fundamentalismo islámico, en especial en el valle de Ferganá. Sin duda, el desempleo entre los jóvenes ha favorecido el incremento de la influencia externa de países como Pakistán y Arabia Saudita. Los actuales regímenes de Asia Central en realidad han alimentado el crecimiento del fundamentalismo islámico al ser incapaces de llevar a cabo transformaciones sociales en un mundo en donde la información gracias a las tecnologías no conoce fronteras ni censuras.

Además, la lucha contra el terrorismo yihadista ha sido una excusa, utilizada por diferentes líderes de la región, para reprimir a la oposición política y silenciar las voces que se alzan contra las gestiones mal realizadas. De este modo han conseguido afianzar su poder a costa de distanciarse de determinados sectores sociales, que esperan su momento para buscar la posibilidad de una revancha.

Otro factor de gran trascendencia se produjo después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, lo que provocó que poten-

cias externas, especialmente EE. UU., hayan intentado ejercer una influencia en Asia Central que antes no tenían. Paradójicamente, y después de varias décadas de esta presencia occidental en la zona se puede apreciar que, a pesar de toda la asistencia extranjera, esta no ha hecho mucho por la región.

La idea de la ayuda exterior, pensada para promover la democracia y el libre mercado, no ha funcionado como modelo a aplicar. Aunque muchas son las causas de ello podríamos resumirlas en que, por una parte, los líderes de Asia Central no tienen intenciones serias de democratizar sus Estados y modernizar sus sociedades; por otro lado, muchas potencias extranjeras ven simplemente a la región como una fuente de recursos.

Sin embargo, los habitantes del Asia Central y sus gobernantes tienen la posibilidad de cambiar estas inercias destructivas, buscando el progreso en un nuevo entorno que han visto transformarse ante sus ojos de un modo aún más drástico que en otras partes del planeta. El derrumbe del orden bipolar, el momento uni-multipolar y la emergencia del nuevo orden multipolar o multivectorial tenían necesariamente que acontecer con una gran intensidad en un territorio lleno de riquezas, que pone en comunicación a las principales áreas de la gran masa del continente euroasiático.

Los efectos internacionales sobre la gran región centroasiática, pendiente de la evolución de los acontecimientos, han trascendido en que las grandes potencias, así como las regionales, pretendan obtener beneficios y poder mediante la influencia sobre el área. Con el rápido crecimiento de las economías de China e India, Asia Central ahora se encuentra entre los mercados asiáticos y europeos que representan dos tercios de la población mundial, dos tercios del PIB mundial y más de dos tercios del comercio mundial.

En este nuevo contexto de pugna por el poder se han vuelto a poner de manifiesto las teorías geopolíticas del geógrafo Harold Mackinder que en 1904 publicó en la revista *The Geographical Journal* su artículo *The Geographical Pivot of History* y en el que defendía la tesis de que Asia Central al mismo tiempo de formar parte del corazón de Eurasia, es el pivote sobre el que gira el destino de los grandes imperios del mundo. El geógrafo británico iba más allá al decirnos que debemos considerar que la historia europea está *subordinada* a la de Asia, ya que afirmaba que la civilización europea es tan solo el resultado de la lucha contra las

invasiones asiáticas. Algo parecido nos recuerda Robert Kaplan en su *Venganza de la geografía*, porque el politólogo estadounidense considera que «la geografía es el telón de fondo de la historia de la humanidad».

Para explicar la nueva situación bien podríamos apoyarnos en el profesor de la Universidad de Harvard Graham Allison, quien utiliza la llamada *trampa de Tucídides* para, retrotrayéndonos al historiador ateniense, explicarnos que cuando una potencia emergente pretende sustituir a la gran potencia mundial, la tendencia a la guerra es el resultado predominante en ese choque. Tucídides hablaba también de, el miedo (*phobos*), el interés personal (*kerdos*) y el honor (*doxa*) como los principales elementos que motivan a la naturaleza humana. De nuevo, Asia Central ha jugado y jugará un papel determinante en la pugna entre Washington y Pekín gestionando sus miedos, intereses particulares y la especial visión del honor de los numerosos pueblos que conforman Asia Central.

Realizar predicciones es siempre un ejercicio de audacia, en especial si se hacen en un mundo en completa transformación y enzarzado en varias crisis de repercusiones globales. Entre estas podríamos destacar a la pandemia, ya controlada en algunos países, pero no extinguida y el conflicto ucraniano, consecuencia de una inesperada invasión rusa que muy pocos predecían.

A este escenario hay que añadir ahora el de una crisis energética, una más que probable recesión económica global y otros desafíos que se venían gestando durante décadas. Entre ellos podríamos citar el del cambio climático y demográfico, las revoluciones tecnológicas que pueden dejar un mundo más fracturado o la pugna entre la gran potencia dominante, Estados Unidos y la emergente, China, destinada a recuperar el papel de gran imperio que ya ostentó siglos atrás. De nuevo, numerosos Estados y diferentes regiones están reaccionando de manera desigual y, en algunos casos, incluso inesperadamente ante estos desafíos y sus consecuencias.

Al cierre de estas líneas se ciernen los más negros presagios sobre la situación mundial, que de ninguna manera dejan indiferente a la región de nuestro estudio, incrustada en el corazón de Eurasia. El conflicto ucraniano parece que está derivando en una guerra de desgaste que afecta a todos los territorios limítrofes de la *zona colchón* que Rusia mantiene alrededor de su espacio geo-

gráfico, el cual aspira a controlar para garantizar lo que considera como su área de seguridad.

Esta gran área que definiría Józef Piłsudski como *intermarum* y que pone en comunicación los mares Báltico, Negro y Caspio, comienza a recalentarse peligrosamente penetrando en el corazón euroasiático. Por ello, de nuevo vuelven a ponerse de actualidad teorías como el prometeísmo, que en evocación al titán griego que robó el fuego de los dioses del Olimpo, pretende arrebatarse de la órbita rusa los territorios de su influencia proporcionando a estos últimos un protagonismo geopolítico renovado.

Queda aún por ver la evolución de los acontecimientos y cómo se dirime el conflicto en la región para ver si esta se decanta por elegir su propio destino, cae de nuevo bajo la órbita rusa o consigue China ser quien ejerce su influencia. En este último caso ganaría no solo la posibilidad de consolidar su gran proyecto de la Franja y Ruta de la Seda, sino la de proyectar su poder sobre una región de la que puede obtener los recursos necesarios para su transformación en el nuevo líder mundial.

A este respecto y con el trasfondo del conflicto de Ucrania, a mediados de septiembre se produjo la cumbre de la Organización de la Cooperación de Shanghái en Samarcanda. Hay que tener en cuenta la pertenencia a esta de las repúblicas exsoviéticas centroasiáticas a las que hay que añadir a China y Rusia, así como los principales actores del subcontinente indio constituidos por India y Pakistán. A ellos hay que sumar la inminente adhesión de Irán como consecuencia de esta cumbre y el papel de observadores o socios que tienen prácticamente todos los Estados próximos a la zona. Aparte del alivio de la presión occidental que disfrutará el futuro miembro, parece que se desprende de la cumbre que la visión multilateralista que poseen los distintos países no es exactamente igual para todos, existiendo matices que los diferencian.

Entre el apoyo pleno de Bielorrusia a Rusia y la recomendación turca de devolver a Ucrania los territorios arrebatados por Rusia, parece haberse extendido una amplia gama de tonos grises entre los Estados miembros y observadores de la organización. Posiblemente el presidente Putin siga con honda preocupación los acontecimientos en Kazajistán, tras sus movimientos en favor de Ucrania o su reciente permisividad para que los jóvenes rusos crucen sus fronteras huyendo de la movilización. Igualmente, una jugada a tres bandas entre Rusia, China e India se desprende de la reunión. Se observa como los dos últimos se mantienen en

la indefinición criticando, pero sin condenar la intervención rusa, a la vez que no se han sumado a las sanciones en contra de esta.

La estructura de la obra

En este documento de trabajo pretendemos ofrecer una mirada en profundidad a Asia Central desde una visión transversal y que irá más allá del importante impacto geopolítico que tiene esta región.

Por ello, se abordará la trascendencia que juega la interconectividad en un mundo globalizado. Basándonos en todos los aspectos de la geografía llegaremos a la concienciación de cómo se encuentra configurada hoy en día la gran región centroasiática. Una vez aprehendida la realidad de dicha región se exploran las principales tendencias geopolíticas sobre la zona, observándose el continuismo del poder ruso, que pretende mantener su tradicional área de influencia bajo su control. Igualmente, China pretende la hegemonía sobre la zona, consciente de sus posibilidades en cuando a comunicaciones y recursos, apreciándose claramente como empiezan a abrirse comunicaciones en dirección este-oeste, en vez de las tradicionales de dirección norte-sur.

Ambas tendencias descritas buscan que la región se contemple como un conjunto de actores separados entre sí, para de este modo la gran potencia que se relacione con ellos lo haga desde una postura de fuerza. A pesar de esto existe el concepto de conectividad, por el que apuesta la Unión Europea y que intenta la cohesión de todos los Estados de la región. De dicho modo se podrían realizar los intercambios internos que necesitan, a la par que son factibles las relaciones con las grandes potencias desde una perspectiva de igualdad.

Una vez visto el sustrato de la zona desde una posición geopolítica y de sus tendencias naturales se consideró oportuno analizar el papel que juegan los grandes actores, en la idea de que, aunque la geografía sea generadora de las tendencias, la voluntad humana es la que finalmente es la que se impone y configura aquello que nos ofrece la naturaleza.

Con un profundo análisis de los marcos teóricos de las relaciones internacionales se puede observar cómo se aprecia a sí misma el Asia Central y cómo desde esta percepción se relaciona con los demás. Por ello la zona debería autopercebirse desde un punto de vista constructivista como un todo, al igual que lo puede hacer

Occidente. Otra de las posibilidades la marca una visión poscolonialista, que la región ha querido romper con el fin de buscar su propio futuro en el nuevo espacio internacional. Una visión distinta podría ser la emancipatoria que, disminuyendo el papel de los Estados, da un importante valor a los individuos dotados de mayores libertades, bienestar y seguridad. Por ello, el papel de las organizaciones multinacionales se hace trascendental.

No obstante todo lo anterior, lo que parece primar a día de hoy es una visión realista de las relaciones internacionales, ya sea de carácter defensivo, buscando la seguridad u ofensivo, buscando la extensión del poder.

En este contexto de relaciones internacionales se aprecia actualmente una *alianza estratégica* entre chinos y rusos, que alcanzó su punto culminante en la visita del presidente Putin a Pekín, justo antes de que estallase el conflicto ucraniano. De esta alianza podemos destacar la unión de ambos en contra de la extensión de la OTAN en Europa y de la consideración de Taiwán como parte de China. En mitad de este «tira y afloja» de las grandes potencias se encuentra el Asia Central, que se ve más libre de las presiones de los grandes actores, más preocupados de otros escenarios de mayor tensión. Sin embargo, todo afecta y los Estados centroasiáticos, dependientes en parte de la economía y de los oleoductos rusos que se dirigen a Europa, ven con preocupación sus beneficios futuros. Otro factor adicional es la relativamente relación cordial que los países del Asia Central mantienen con la OTAN a través de su programa de asociación, por lo que si el conflicto ucraniano se prolonga es posible que chinos y rusos les obliguen a elegir entre permanecer con ellos o unirse a un lejano aliado.

Aunque las actuaciones de occidente no hayan siempre proporcionado los resultados apetecidos, sus esfuerzos siguen percibiéndose sobre la región. Se considera que los estadounidenses obtienen mayores réditos que la UE, entre otras razones por ser un solo interlocutor, en vez de las numerosas voces de las representaciones diplomáticas europeas.

Pero no solamente los grandes actores son determinantes en el devenir centroasiático. En este mundo globalizado el papel de los más poderosos se restringe según se alejan de sus áreas de influencia, por lo que las potencias regionales se alzan reclamando su propio espacio en el sistema internacional. El papel de India es relevante, debido a su expansión comercial y el ansia

de productos energéticos. La posición paquistaní y su amistad con China configuran una complicada ecuación de relaciones de India con el resto de los actores, por sus apetencias en la región.

Irán se ha establecido como un importante actor tras la independencia de las repúblicas centroasiáticas. Los iraníes se perciben como un fundamental pivote para las comunicaciones, que la región necesita para extraer sus productos hacia aguas libres. Esta situación es aprovechada en favor de la apertura de rutas de comunicación, oleoductos y gasoductos por los que comienzan a fluir todo tipo de productos en ambas direcciones.

Turquía se posiciona como otro actor con aspiraciones regionales, aprovechando los lazos culturales con los pueblos túrquicos. Esta visión común ha permitido a los turcos realizar importantes inversiones en varios sectores de la industria centroasiática. Igualmente, las relaciones cordiales entre Turquía e Irán permiten extender las comunicaciones hacia la península de Anatolia, que constituye la unión entre Europa y Asia.

A pesar de la distancia, Japón es un actor que ha apostado por la zona desde el punto de vista comercial. Además, los japoneses poseen una estrategia cultural y educativa para el Asia Central, buscando de este modo revitalizar su influencia. También Corea del Sur se encuentra interesada en esta región, aunque las posibles discrepancias de intereses con los japoneses sean un escollo para su expansión. A pesar de ello, los surcoreanos siguen a los japoneses en sus políticas de *poder blando*, aunque basan sus lazos afectivos en los grupos poblacionales de origen surcoreano existentes principalmente en Uzbekistán y Kazajistán.

Para completar el panorama internacional no podía ser menos el papel de las organizaciones internacionales con especial repercusión sobre la zona. Si bien los países centroasiáticos se encuentran presentes en una gran cantidad de este tipo de organizaciones, se echa especialmente de menos una de estas que los contemple con carácter de exclusividad. Esto da una idea del mucho camino que aún les queda por recorrer para considerar a la región como un todo unificado.

Lo anterior nos lleva a hacer la reflexión de que, a la vista de la presencia de los países centroasiáticos en multitud de organizaciones regionales, existen entre ellos más disfuncionalidades que una cooperación regional robusta. Esto marca una tendencia clara hacia una orientación multivectorial en la que los polos de atracción son túrquicos, rusófilos o sinocéntricos,

lo que explica por qué las organizaciones con mayor relevancia en la zona son la Organización del tratado de Seguridad Común (OSCT), la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) y la Organización de Estados Túrquicos (OET).

Una vez estudiados los retos internacionales se considera necesario realizar una visión introspectiva y estudiar en mayor profundidad los retos internos a los que se enfrenta la región. En este contexto se abordan las importantes consideraciones medioambientales heredadas de los tiempos soviéticos, debido a que falta de previsiones sobre la actuación del ser humano en contra de la naturaleza llevó a esta región a ser posiblemente la más castigada del planeta.

El monocultivo del algodón repercutió en el abandono de los productos alimenticios tradicionales, que necesitaron trasportarse desde otros territorios soviéticos. Pero más allá de este sinsentido, la excesiva irrigación llevó a la sobreexplotación de los ríos Amu Darya y Sir Darya, tributarios del mar de Aral. Esta masa de agua no solo era una fuente de riqueza piscícola, sino que atemperaba el extremo clima continental de las tierras interiores alejadas de las aguas oceánicas. La desecación de este mar dejó al descubierto cientos de kilómetros cuadrados de fondos salinos, que una vez secos fueron esparcidos por los vientos, haciendo improductivas las tierras más próximas. Pero no solo las consecuencias del cultivo del algodón fueron catastróficas desde el punto de vista hídrico, pues la sobreexplotación de los cultivos hizo que las tierras fueran improductivas, lo que se intentó paliar con fertilizantes que finalmente contaminaron aguas y terrenos, siendo responsables de numerosas enfermedades entre la población.

La aparición de la era nuclear y la necesidad de la obtención del uranio para las armas y las centrales soviéticas llevaron a la instalación de complejos mineros extractivos que no reunían las necesarias condiciones de seguridad. La minería del uranio se cebaría en la salud y en el medio ambiente de amplias regiones de Uzbekistán y Kazajistán, arrastrando la contaminación desde los asentamientos mineros hasta los valles, a causa de las escorrentías de las aguas.

Otra consecuencia de la era nuclear fue la prueba de las armas atómicas. En el polígono kazajo de Semipalatinsk se llevaba a cabo esta actividad sin las suficientes garantías para la salud de las personas y el medio ambiente. El paso de pastores y ganados

por las proximidades de la zona de pruebas derivó en graves enfermedades y consecuencias hereditarias que aún arrastran los habitantes de la zona.

Otro importante reto para toda la región es el social, que se extiende sobre la base del sustrato soviético heredado y se remonta a las raíces ancestrales de los pueblos que han habitado la zona. El ejemplo paradigmático de los kazajos, hastiados de un régimen antiguo que no es capaz de dar solución a sus problemas, se ha traducido en una serie de protestas y revueltas que buscan un cambio de la situación. Sobre la base de este descontento social se superpone la competencia por el poder entre las élites dominantes y la aparición de circunstancias especialmente adversas, con el trasfondo de las crisis económicas.

Un entorno particular para los movimientos sociales en estos países lo constituye la constitución de sus nuevos Estados tras la independencia producida por la desaparición de la URSS. En contraposición con la emancipación de otros países, que aparecieron tras un proceso descolonizador o independentista, en este caso lo que se creó fue una especie de regímenes híbridos con elementos superpuestos tanto de las democracias como de los autoritarismos. El resultado ha conducido en muchas ocasiones a situaciones de cleptocracia, en el que las élites han aprovechado su posición para la obtención de beneficios.

Para evitar esta situación, las élites dominantes buscan establecer algún tipo de diálogo con la población, ofreciéndoles estabilidad y prosperidad. Al mismo tiempo reprimen las corrientes de pensamiento distintas a las favorables a los regímenes impuestos, resultando relegados los derechos políticos, étnicos, humanos y en especial los de las mujeres, en muchas ocasiones.

No podría ser menos importante el tema de la desnuclearización de Kazajistán, además en el momento histórico en el que nos encontramos donde las armas nucleares se están barajando como posibles opciones en el conflicto ucraniano. Tras la disolución de la Unión Soviética se presentaba el grave problema del control del arsenal nuclear, del material atómico y del personal especializado y científico, todos los cuales podrían caer en las manos de actores estatales o no estatales con muy pocos escrúpulos.

En aquel entonces la situación de Ucrania y Kazajistán eran especialmente delicadas, debido a la cantidad de armas nucleares que poseían. En ambos casos se planteó el dilema de mantener estas capacidades o renunciar a ellas en condiciones ventajosas.

En ambos casos se barajaron ambas opciones, prometiendo seguridad a cambio de desnuclearización. En el caso de mantener la capacidad nuclear había que tener en cuenta que el país que siguiese en posesión de este tipo de armas se enfrentaba a la necesidad de mantener operativos tanto las propias armas nucleares como sus vectores de lanzamiento.

El sistema de alerta y lanzamiento de las fuerzas nucleares constituía un problema adicional, porque se encontraba en Rusia. Por este motivo, en caso de mantener la continuidad, la decisión del lanzamiento del arma no quedaría en manos kazajas o ucranianas, sino que serían las autoridades rusas las que decidiesen el empleo de las armas atómicas.

Esta falta de capacidad de control sobre algo tan trascendental no era el único inconveniente, sino que además había que contar con el emplazamiento de los silos de lanzamiento en los países en los que estos se encontraban. Por ello, en las muchas opciones militares de actuación y respuesta se contemplaba la destrucción de los silos, previsiblemente con armas nucleares. Parecía a simple vista que, si exceptuamos el caso de Rusia, desde el punto de vista de la seguridad no había razones para mantener la capacidad nuclear en las nuevas repúblicas.

De otro lado, el abandono de las capacidades nucleares se llenaba de incentivos económicos y aseguraba la estabilidad política de los nuevos dirigentes. Esto dio lugar a que las nuevas autoridades se dedicasen con ahínco a comenzar el proceso de desnuclearización. Este proceso no estaba exento de dificultades, ya que no había que dismantelar tan solo las armas y trasladar el material fisible fuera de los territorios en los que se encontraban, a lo anterior había que añadir un laborioso trabajo de caracterización, descontaminación y remoción de materiales que supuso un esfuerzo ingente.

Un hecho adicional fue la gestión de residuos procedentes de las pruebas nucleares y la minería del uranio, la que además había que transformar en un sistema de explotación que fuese compatible con las medidas de protección medioambiental al tiempo que permitiese la continuación de la extracción de este elemento, del cual Kazajistán es el principal proveedor mundial. Si bien la minería y el banco mundial de uranio son hoy en día una realidad sostenible, lo cierto es que los efectos de la extracción del uranio de la época soviética todavía constituyen un reto medioambiental del que aún hay que arrostrar acciones muy costosas en tiempo y recursos.

En la situación actual parece oportuno plantearse si el ejemplo de la desnuclearización kazaja y ucraniana fue un acierto y en todo caso, si constituye un modelo exportable. Todo parece apuntar que, si un garante de la seguridad e integridad territorial de los Estados desnuclearizados ha sido responsable de su desmembramiento, es complicado pensar que cualquier Estado nuclearizado o en vías de serlo quiera seguir el mismo modelo.

Finalmente parece oportuno tratar un tema tan sensible y preocupante como puede ser Afganistán. Después de 20 años de permanencia occidental en este país asiático se ha finalizado una misión que no ha cumplido sus objetivos. Lejos de haber conseguido un país estable y con condiciones para su desarrollo, el resultado ha sido la vuelta al caos.

La caída de la república islámica y la implantación del emirato dieron al traste con uno de los mayores esfuerzos internacionales, dando como resultado una terrible pérdida de vidas, recursos económicos y derechos humanos. La situación actual nos muestra un panorama desolador, con un gobierno de una extrema crueldad y una población en los límites de la supervivencia.

Para colmo de males, la estabilidad afgana deja mucho que desear. La muerte en Kabul del líder de Al Qaeda, por un dron estadounidense, deja abierto el preocupante interrogante sobre el posible empleo del territorio afgano como santuario para el terrorismo yihadista. Además, al gobierno talibán se le abre el frente de la oposición del Estado Islámico en la provincia del Jorasán, creándose una situación de guerra civil en varios puntos del este afgano. Igualmente, los grupos opositores, sin una coordinación entre ellos, han comenzado a combatir a los talibanes en los lugares donde estos no tienen una presencia afianzada. Si a todo ello le sumamos que los talibanes poseen diferentes facciones enfrentadas entre sí, podemos comprender la definición de *vuelta al caos* que se nos presenta en este documento.

Quedan abiertos muchos interrogantes sobre la situación afgana. No está claro si esta puede conducir a que el terrorismo se llegue a exportar al resto del Asia Central o a Pakistán y en menor medida a Irán o China. Tampoco queda clara cuál será la actuación de los países limítrofes. Entre tanto, el gobierno talibán parece comportarse con una cierta racionalidad en el plano internacional, para evitar su completo aislamiento exterior.

No querría cerrar esta introducción sin retomar las palabras del geógrafo Harold Mackinder, quien en su día afirmó que «quien

domine Europa oriental, gobernará el corazón continental; quien domine el corazón continental, gobernará la isla mundial y quien domine la isla mundial, gobernará el mundo». Parece que proféticamente nos vemos de nuevo envueltos en un conflicto que confirma esta teoría geopolítica. Pase lo que pase, en esta profunda transformación en la que se encuentra inmerso el planeta en el momento más globalizado que se conoce, Asia Central seguirá jugando un papel tan determinante como poco conocido. Esperamos que este documento de trabajo sirva de guía para aclarar ese rol y ayudar en la promoción del conocimiento de tan importante región.